

 editorial  
**MAN KELL**

 editorial  
**MAN KELL**

 editorial  
**MAN KELL**

 editorial  
**MAN KELL**

# CIUDAD PARA SER HERIDA



 editorial  
**MAN**KELL

# CIUDAD PARA SER HERIDA

FRANCISCO VEIGA

editorial  
**MANKELL**

editorial  
**MANKELL**



Primera edición: septiembre de 2018

© 2018, Francisco Veiga

© 2018, Editorial Mankell, por la edición

[contacto@agenciamankell.com](mailto:contacto@agenciamankell.com)

[editorialmankell.com](http://editorialmankell.com)

Impreso y encuadernado en Ingra Impresores

ISBN: 978-84-09-4302-6

Depósito Legal: M-29547-2018

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de los propietarios del copyright. Toda forma de utilización no autorizada será perseguida de acuerdo a la ley.



 editorial  
**MAN KELL**

 editorial  
**MAN KELL**

*A Mushu, el dragón*

editorial  
**MAN KELL**

 editorial  
**MAN KELL**

*Los hombres normales no saben que todo es posible.*  
David Roussef

*La inteligencia de un individuo se mide por la cantidad de incertidumbres que es capaz de soportar.*  
Immanuel Kant

*...A veces cuando una persona solo ve un aspecto de la cuestión, la Torre revela la existencia de un segundo aspecto, de una segunda posibilidad menos flagrante...*

(Carta XVI: La Torre)

Descripción de los 22 arcanos mayores del Tarot de Marsella  
Jodorowsky y Camoin, *Audiolecturas HQ*.  
Publicado en YouTube (9 de abril, 2017)

**METAMILAGRO:** *Conjunto de complicaciones que comporta un milagro o resultado que inicialmente era considerado altamente positivo. También: milagro o efecto en apariencia positivo en un momento dado que en realidad forma parte dialéctica de un fenómeno mucho más complejo y de efectos desconocidos.*

VV. AA., *Lenguaje y códigos de inteligencia. Diccionario para uso interno de términos operativos* (Última edición: 2017)

 editorial  
**MAN**KELL

Lo que sigue a continuación es una historia de espías: las cosas que se relatan aquí suceden y volverán a pasar, aunque rara vez se publiquen. El protagonista real del relato es la información. Se trata de obtenerla, no de impartir justicia ni meter a los malos entre rejas.

15

Normalmente, y para los que se ocupan de inteligencia exterior, se busca la información de interés estratégico. Los que trabajan en contraespionaje intentan parar las amenazas con ella. Desde el comienzo de los tiempos, la información ha sido la mercancía más cara que existe, y también la más barata: puede valerlo todo, incluso no tener precio por su extraordinaria importancia. O no merecer ni el tiempo de escucharla o leerla. La información no es necesariamente la verdad. Es posible que, en un momento determinado, ni siquiera exista tal cosa, solo la información en sí misma. Echen un vistazo a la definición léxica de *información*. Es bastante insuficiente si tenemos en cuenta que se trata de un producto mucho máspreciado que el afamado petróleo. Así es: la información puede hacer que, algún día, ese combustible no sirva para nada, ni nada justifique el soportar durante un solo minuto su mal olor.

La información es un producto altamente inestable, cambiante y multiforme. Su poder suele ser efímero, como una escultura de humo tallada en el aire. Y está íntimamente asociada a la confianza. Puede inventarse de la nada, y también puede inducirse. Es posible llegar a creer erróneamente que, después de trabajar duro, hemos conseguido probar la hipótesis a la que dimos vida en nuestra cabeza y en la de nuestros colaboradores, pero que no tenía que ver con la realidad. A eso se le denomina efecto Pigmalión.

La gestión de este fenómeno forma parte de las tareas habituales de cualquier servicio de inteligencia. Pero también afecta al día a día de nuestras vidas; a veces, durante un corto periodo de tiempo y, en ocasiones, a lo largo de toda una existencia.



La claridad de la tarde se desintegra suavemente en el Bósforo. Luces de verano, de colores, prenden aquí y allá en la costa mientras las embarcaciones se entrecruzan, sin importar tamaños, y las gaviotas lo observan todo de pasada. Sus graznidos se mezclan a veces con la sirena grave de algún barco. El grupo de hombres está sentado en el espacioso balcón de un chalet de madera, entre el enorme ventanal de vidrio y la tarde fresca del final de primavera, que se refleja a su vez en la luna. Ellos sí están casi a oscuras. Discuten en torno a una breve mesa de té. Uno lleva la voz cantante: «No es que la operación salga barata o cara, es que la veo absolutamente innecesaria. Ya no estamos en los tiempos del asesinato de Kennedy, no hace falta andar a tiros u organizar un espectáculo pirotécnico así en las calles de ninguna ciudad para conseguir que las cosas cambien. Es muy arriesgado. Tarde o temprano lo averiguarán estos o los otros, nuestros competidores allí, luego los servicios secretos, las policías, los medios. Irán a por nosotros, será difícil mantener el secreto. Todo el negocio se derrumbará como un castillo de naipes». Tomó la palabra un hombre de pelo corto, delgado y elástico, de tono resolutivo. La falta de luz no dejaba ver sus ojos grises, penetrantes: «Pero el momento es muy

bueno. La situación política está realmente tensa en Cataluña, la operación permitiría obtener resultados a muy corto plazo». El individuo que cortaba el bacalao casi le segó la palabra: «Las cosas se pueden y se *deben* hacer gradualmente, de forma mucho más profesional y segura. La ciudad está indefensa, puede ser herida en cualquier momento. Pero no hace falta llegar a esos extremos, basta con aumentar las actividades de nuestros hombres allí, en las mismas calles de Barcelona, por ejemplo. Disuadir firmemente a los competidores, uno a uno; algún pequeño susto. Ir comprando suelo a buen precio, revenderlo a la baja, meter a nuestras nuevas inmobiliarias, inyectar más capital negro, o blanco, del que sea. Todo lo más legal posible. Y, en especial, aprovechar la tensión política a nuestro favor. Pero como algo progresivo, no es necesario forzar las cosas. Por lo tanto hemos de levantar la operación. Esto no sigue adelante. Y antes de irnos, a borrar nuestras huellas aquí».

—Es difícil saber cuándo lo supo mamá. Es una mujer tan inteligente e intuitiva que produce temor cuando la conoces íntimamente. Todo el día, a cada momento. Y eso que ni yo misma lo sé todo de su torturada y esquivada biografía de bruja. A veces creo que nunca tuve un padre biológico. De verdad que lo pienso. No sé cómo se las arregló. Pero lo supo, cuanto menos, a tiempo. Puede que antes incluso de que los malos lo decidieran. Lo más probable es que fuera a raíz de aquel informe que llegó desde Turquía, en dos mitades, de su amiga allí. Y cuando se percató de ello... ¿Qué hubieras hecho tú en su situación? A ver, dime...

 editorial  
**MAN KELL**

—Roger, afirmativo. Hemos podido ver cómo se producía el ataque, quien conducía el Almera ha logrado controlar el vehículo, debía de tener un buen entrenamiento, muy bueno, logró detenerse en medio de la A-6 en segundos, y el agresor lo ha sobrepasado. Nosotros también, como hemos podido. Seguimos al atacante, un utilitario negro. Se escabulló por el desvío de la M-30 con ayuda de otro auto de bloqueo y barrido. Nuestro tirador ha quedado fuera de juego, operación abortada. ¿Cuántos equipos enfilan este objetivo? No cabe duda de que tiene *baraka*.

 editorial  
**MAN KELL**

**PUESTA EN ESCENA**

editorial

**MAN KELL**

 editorial  
**MAN KELL**



I  
Siete haikus y una estrofa

**Barcelona, algún día de abril, 2016**

Solo por acabar en la cama con aquella mujer exótica e irrepetible ya habría valido la pena. Pero además le habían pagado, con largueza. Se había llegado a plantear si valía la pena ganarse así la vida. Sin embargo cuando ella se levantó a media noche y se fue, casi como un robot programado para dejar la cama, lavarse apenas, vestirse y salir sin un adiós, se preguntó si la habrían recompensado como a él. Porque, aunque el buen sentido y la vanidad son las cosas mejor repartidas del mundo, estaba meridianamente claro que aquella chica no se había ido con él por su atractivo ni por su labia. Ni siquiera se habían podido entender en algún idioma común.

## Día 0 (cero). 23 de abril, sábado

*Lluvia de primavera;  
¡pobre de aquel  
que nada escribe!*

Yosa Buson (1716-1784)

De camino hacia la redacción el metro iba imposible, a reventar. Era lo normal en un Sant Jordi. Todo el mundo había salido a la calle a comprar libros y rosas, y sobraba gente —sobre todo guiris, turistas— a la que se le había ocurrido que era una buena idea ir en metro. Pero había una cierta tensión que se situaba más allá de los efectos de la primavera y de la fiesta, una electricidad, como una expectativa de algo nuevo y excitante, o eso le parecía percibir a Eugeni, que ya había superado de largo la cincuentena.

26

Nada más bajar de su vagón, dos más allá pudo ver cómo unos tipos malencarados se indignaban con algo que sucedía dentro del convoy. No tardó en salir una extraña pareja que llevaba firmemente sujeto a un hombre joven, negro. Algo le decía a Eugeni que aquello se parecía más a una especie de detención que a un accidente. La mujer grande y fuerte que sujetaba el brazo izquierdo del joven no era una maruja al uso, eso estaba claro. Y el que mantenía bien agarrado al tipo por la derecha era de la compañía de Transportes, la TMB, eso parecía evidente por su cazadora gris plomo. Pero no lucía ningún distintivo de la empresa. Y el negro aquel no daba la sensación de ir vencido o avergonzado, llevaba el cuello bien recto, como un ángel caído que conservara su arrogancia. Escena inexplicada y violencia en el ambiente. Parecía la sombra de una profecía, una señal de algo inquietante que se avecinaba. A Eugeni le hizo pensar en el arranque de alguna obra de Alejo Carpentier. Si hubiera tenido tiempo habría fabulado el advenimiento de una novela de esas que siempre solía imaginar mientras caminaba por la calle.

Pero aquella vez la historia empezó a cobrar forma sin que Eugeni tuviera que hacer nada por darle vida. Tras salir de las profundidades del metro y acceder a la oscuridad de la redacción se le apareció Gimeno, uno de los compañeros jóvenes, pero menos: calvo y con una larga barba *hipster*, que le confería un cierto parecido con San Francisco de Sales, patrón católico de la noticia, el panfleto y la prensa.

No había casi nadie en la redacción. Era un día festivo de esos en los que apetece estar en la calle y no entre las mesas desiertas y los pecés apagados, con todos los *bibelots*, recuerdos y fetiches de los compañeros, que parecían esperarles con un punto de desolada paciencia.

—¿Sabes quién murió? —le preguntó Gimeno con aquella mirada cándida pero reflexiva—. No, claro, a saber. Maíllo —insistió—: Fernando Maíllo.

—¿El del PP, el de organización del partido?

—No, hombre no, el tío aquel que tuvimos por aquí... Joder, el espía, el del CESID, en aquella época en que el periódico parecía un campamento de la gente esa.

—Coño, ¿y cómo ha sido?

—Un accidente por allá, por tierras de Zamora. Una cosa un poco rara —añadió Gimeno mientras desaparecía en dirección a los lavabos, entre las mesas y los ordenadores.

Eugeni alcanzó a ver por la ventana que el día había cambiado con rapidez. El cielo se había cubierto y llovía. No era una cosa insistente ni molesta, seguía haciendo calor de primavera. Pero el ambiente se había vuelto más propicio para pensar. Echaba de menos la antigua redacción, con su atmósfera umbría y sus paredes como de sala de billar, con mucha madera por todas partes, que le daban respetabilidad añeja. Lo de ahora, en el piso no sé cuántos de un bloque todo de vidrio, metacrilato y aluminio, se le antojaba poco serio. Encendió la luz de su mesa de trabajo y la pantalla del ordenador. Mientras el sistema se desperezaba fue a por un cafelito de máquina. Gimeno había desaparecido.

Solo quedaba la noticia, como un interrogante en el aire, como la viscosidad del café desbordado entre los dedos.

Una muerte extraña, desde luego. *La Opinión de Zamora on-line* explicaba que un automóvil se había estrellado contra una apisonadora mal aparcada en una curva. Eugeni recordó a un profesor que había tenido en la Facultad; explicaba que en Europa del Este eran usuales los atentados a base de camiones y autobuses que aparecían de no se sabe dónde, y la incauta víctima quedaba como mosca estampada contra el vidrio. ¿Qué sería del hombre aquel? Casi tenían la misma edad, aunque Eugeni era estudiante de primero por entonces. Pero no se notaba mucho, la verdad; el tipo era de esas personas que parecen haber nacido viejas. Apartó los recuerdos que llevan a recuerdos. Tenía que ponerse con crónicas y un par de asuntillos más, pero aún disponía de tiempo para comprobar algunos datos. Se alegró de que el sol de postal de primavera hubiera desaparecido dando paso a la lluvia. Y también apreció que la redacción estuviera aún desierta.

28

Qué gente tan desagradable aquella. Maíllo era un tipo borde, algo macarra. Había sido oficial del Ejército, vete a saber si de Caballería llegó a comentar uno de la redacción; un personaje que chirriaba.

## Día 1. 25 de abril, lunes

*De no estar tú,  
demasiado enorme  
sería el bosque.*

Kobayashi Issa (1763-1827)

El lunes libraba. No en vano le había tocado la Diada de San Jordi en la redacción. Decidió pasar por la librería de Miquel, una de las de viejo que aún sobrevivían por la calle Aribau. Cada semana se borraba una tienda de toda la vida, un negocio, un viejo cromo de colección desaparecía de las fachadas burguesas de Barcelona y era sustituido por algún establecimiento de modas, de *souvenirs* baratos, de gafas de sol, o por un restaurante destinado a aquello que se llamaba turismo y devoraba la ciudad. El dueño surgió desde el fondo del local, con sus canas ya abundantes pero apenas visibles entre el cabello rubio y unos andares enérgicos, reflejo de tantos años de excursiones patrióticas a la montaña. «*Què dius de bo?*», saludó obsequioso, gratamente sorprendido por la visita de Eugeni, mientras le tendía la mano. Hacía tiempo que no se veían. Se habían conocido a partir de amigos comunes, y como se caían bien sin causa aparente, habían terminado por trabar una amistad de esas de «de vez en cuando». Claro que, con el tiempo, desde aquella lejana juventud de los setenta habían derivado hacia posiciones alejadas entre sí. ¿Quién no ha sido radical en la postadolescencia? Solo que Miquel había hecho un camino un poco extraño. La mayoría de la peña de Eugeni terminó dejando atrás la izquierda más o menos radical, aquello de la política que tanta importancia había tenido entonces, y ahora estaban situados en un terreno de amplias y cómodas perspectivas en que el progresismo de límites indefinidos se confundía con el nacionalismo. Había sido una travesía cómoda por la soleada pradera: en Cataluña todo el mundo se definía como de izquierdas, menos los del PP y los españolistas de la caverna, ya

se sabe. Solo algunos como Miquel se habían quedado escalando los picos de las montañas y ahora eran de movidas radicales, de esas que mejor *no t'hi fixis*.

En tiempos, Miquel había organizado una especie de partido denominado Acció Democràtica Nacional Catalana. Se rumoreaba que había llegado a controlar una especie de comandos propios, preparados para la lucha callejera llegado el caso. Pero de todas formas, la mayor parte de las energías de Miquel y de sus chicos se habían empleado en las pugnas más o menos contundentes con otros grupos también radicales, todos independentistas hasta la médula. Incluso alguna vez había salido a relucir alguna navaja, decían; o había ardidado una moto, aseguraban. Cuando en 2012 se fundó la Asamblea Nacional Catalana, Miquel le cambió el nombre a su formación por aquello de las siglas coincidentes. Era un momento histórico perfecto e irrepetible. La gran oportunidad centenaria de la independencia estaba al alcance de la mano, de la punta de los dedos. Tocaba bajar la cabeza y ser disciplinados; Miquel, leal a la causa, renunció a pleitear. A quién se le hubiera ocurrido.

30

Eugeni no tenía noticias de cómo se llamaba ahora ese partido de Miquel, aunque creía que conservaba la palabra *acció* en alguna posición del nuevo y largo nombre. La *acción* era central en el universo del librero. Sonaba un poco facha, pero eso ni mencionarlo. En Cataluña no hay fachas, lo decía todo el mundo, y Miquel más que nadie. Era un tío muy versado, sabía mucho de historia, era capaz de desarmar a cualquier adversario con sus datos y anécdotas. Decía, por ejemplo, que su Acció Catalana se inspiraba en el movimiento checo Sokol, que aquello tenía sus orígenes a mediados del siglo XIX y que no había nada más democrático y a la vez patriótico. Pero en realidad daba igual. Eugeni el periodista se perdía en aquellos laberintos de siglas, historias y facciones. Prefería tomar a Miquel como era, de tú a tú, fuera de su contexto. Algunos verían aquella librería como la tienda de Mís-

ter Verloc, la tapadera del prota de *El agente secreto* de Conrad. Pero él consideraba a aquel viejo conocido —algo menos que amigo— como un personaje tan inofensivo como él mismo, con ese cabello bien peinado, plata y oro, y las livianas gafas de montura dorada, frágiles, casi invisibles. Solo el rostro de tez enrojecida hacía pensar en un fondo colérico que era mejor no conocer.

Tras unos minutos dedicados a ponerse al día de sus respectivas vidas, Eugeni le explicó al librero su descubrimiento.

—¿Cómo lo ves? —le inquirió expectante. Todo el peso de la umbría acumulación de viejos libros, el olor de humedad y canela del papel amarillo le conferían un ambiente arcano a la consulta.

—Seguro, se los han cargado para tapparles la boca y como advertencia, claro —sentenció Miquel. Su voz parecía quedar ahogada entre los lomos de los volúmenes alineados en las estanterías.

Sin embargo, la misma contundencia de la respuesta tendía a restarle veracidad. A veces suceden esas cosas.

—Ya, pero ¿tienes información concreta sobre eso? —insistió Miquel. El otro desvió la mirada.

—No, no, no he oído nada estrictamente acerca de lo que me preguntas, pero vamos, la existencia de los dosieres Pata Negra va a misa. Ahí hay de todo, si se publican se hunde el Estado.

Eugeni volvió a la carga:

—Pero ¿qué puede haber a estas alturas tan comprometedor? Hasta el rey Juan Carlos había abdicado hacía ya dos años por los negocios de su yerno. Nos hemos enterado de sus aventuras con la amante Corinna, y mejor no saber más, de vergüenza ajena. Solo Valle-Inclán lo hubiera explicado mejor. Está todo lo de Bárcenas y lo que siguió después, no se ha librado nadie. Cantó de plano el pintas ese de Javier de la Rosa, lo de la cuenta de Soleado, cómo circulaba el dinero negro en efectivo de Barcelona a Madrid. Y ahora seguimos con los pa-

peles de Panamá. En la Gürtel, el día menos pensado interrogan a Rajoy... Está todo podrido, ¿qué puede sorprendernos?

Miquel dejó escapar una corta risa dialéctica, seca.

—Hay para dar y repartir, hombre, *ni un pam de net*. Aún quedan muchos empresarios que se han ido de rositas, y políticos de todos los partidos. Hasta las aventuras del nuevo rey, de Felipe.

Eugeni seguía sin ver la trascendencia.

—¿Aventuras amorosas? ¿Eso haría que cayera el trono?

Miquel empezaba a estar molesto con el asunto; su cara amenazaba con enrojecer más de golpe.

—Aventuras con señores, hombre.

—¿Alguna canita al aire homosexual? —desde su perspectiva de periodista sobre la realidad de las costumbres y raseros morales en el día a día del país, Eugeni dudaba de que una supuesta revelación así resultara tan determinante. Risas y cachondeo mucho, seguro, pero públicamente incluso podría ocurrir que los desveladores salieran trasquilados; bueno se había puesto el panorama contra los homófobos en este país nuestro y más allá. Seguro que no tardarían en surgir estadistas en activo que no dudarían en contraer matrimonios gais. Era cuestión de tiempo, y mientras tanto ya había figuras políticas en Barcelona y Madrid que lo habían hecho. Para andarse con chistecitos. Eugeni conocía bien el consigneo y las leyendas ideadas por los indepes y muchas de ellas solo perduraban como materia de fe.

—Pero vamos a ver: ¿no has venido a corroborar tus propias sospechas de que alguien está liquidando a los Pata Negra? Supongo que has contrastado la información —Eugeni recitó todo lo que había averiguado: en el último año y medio habían desaparecido cuatro agentes del CESID: uno estampado contra una apisonadora en una carretera provincial, un accidente algo raro, otro tiroteado; del tercero había visto la esquila en un servicio de pompas fúnebres *on-line*, un negocio muy original. Se podían dejar parabienes y esquelas, incluso ramos de flores



virtuales pagables con tarjeta de crédito. Pero en el caso de ese hombre no había nada, solo el nombre y la fecha del óbito. Y el cuarto, asesinado en Colombia, no te lo pierdas.

—*Bé, doncs tu mateix, noi* —concluyó Miquel encogiéndose de hombros—. Eso es como la contraprueba del valor del dossier, ¿no te parece? —remachó con asumida autoridad.

Poco más había que decir, cierto. Miquel venía a tener razón: si el mismo Eugeni dudaba de la importancia real del dossier Pata Negra, entonces no tenía sentido que alguien desde el Estado —y ya sabíamos quién— estuviera cerrando bocas de servidores de ese mismo Estado.

La conversación decayó rápidamente. Aún pasaron unos minutos hablando de libros, aquellos volúmenes tan especiales que los observaban desde sus vetustas ediciones originales, y luego el periodista salió a cenar algo de camino a casa. Antes de abandonar la librería se fijó en una foto de Miquel encabezando una espectral marcha patriótica de antorchas en plena noche, de ve a saber dónde. De todas formas, no dejó de llamarle la atención que en todo el establecimiento no hubiera alguna estelada o más fotos de concentraciones nacionalistas a las que, a buen seguro, había acudido el librero en los últimos cuatro años.

Fuera llovía un poco, chispeaba.

## Día 2

*Los días lentos  
se apilan, evocando  
un viejo antaño.*

Yosa Buson (1716-1784)

34

Reunión con el jefe de redacción, el de sección y el director. Al parecer tenía que comparecer un asesor jurídico, pero al final no llegó nadie más. «El dire» le caía bien a Eugeni. Era algo mayor que él, lo suficiente como para que se asemejara a un enorme adorno mudado desde la antigua redacción a aquella especie de... sala de espera de aeropuerto, si se puede decir, donde trabajaban ahora. Como el enorme jarrón egipcio de un estilo improbable que adornaba la consulta de un dermatólogo al que le llevaba su madre cuando era crío, año tras año. Hasta aquel punto de mal humor permanente, de impertinencia apenas contenida, le recordaba los años pasados en el viejo cuartel general, donde se había forjado el alma del periódico. El dire, para los de fuera, parecía un tipo bondadoso, paternal; a los de dentro se les antojaba un hombre con cierta mala leche.

—Sí, no tiene mala pinta. ¿Pero estás seguro de lo que sugieres, Eugeni? El aludido lo había revisado, desde luego, los cuatro integrantes del grupo aquel habían fallecido. Todos muertos: Maíllo, Pérez Galimero, Bustos, Bárcenas. ¿De verdad había uno que se apellidaba Bárcenas?— por primera vez en mucho tiempo contempló una leve sonrisa del director, de esas que prodigaba a las visitas pero no tanto a los empleados y no tan alargada como las gafas de cerca. No le miraba, pero le llamaba Eugeni, por su nombre de pila; aquello eran los años pasados juntos. No podía decepcionar a aquel hombre.

—Sí, pero Ernesto Bárcenas, no Luis—recordó el comentario nemotécnico de Gimeno, acompañado de una sonrisa lobuna entre su barba rubia, que le había fijado los nombres en la memoria—. Un híbrido imposible entre el Ché Guevara y Luis Bárcenas.

«Bueno...», el director hizo una obligada pausa cautelosa. Fuera de la salita se escuchaba el barullo de la redacción. Los dos subjefes, los que tenían autoridad directa sobre Eugeni, callaban como fieles mastines silenciosos y atentos. Asomó por la puerta una secretaria, discreción personificada, edad indeterminada. «Vamos a ver... Ah, el consultor jurídico ya no llega, ¿eh? ¿No? Bien, vamos a sacar una versión más... «contenida» de esto, Eugeni». El director dejó reposar suavemente sobre la mesa la hoja con el breve informe que había hecho el periodista con sus descubrimientos, hipótesis y posibilidades del artículo o artículos que podría desarrollar sobre el asunto. Y prosiguió. «Hacemos un avance, tú te lo haces venir para sugerir que es eso, pero que tenemos más, y comprobamos cómo reaccionan unos y otros. En Madrid se van a cabrear, ¿eh? Ya lo sabes, ¿no?». Intervino el jefe de redacción, un tipo que siempre arrastraba una tensión tendida que él consideraba muy profesional. «Llevan mucho tiempo cabreados, no creo que venga de una más». El comentario le desagradó al dire, era evidente: «No, no, *cony, això és ben bé un sidral, Solà*. Es un asunto bien delicado este. Hasta ahora no había pruebas, todo era rumorología de...». Seguro que iba a decir «de esa gente» o de «los indepes», o de la prensa digital de la competencia, que dice lo que le da la real, pero incluso se cortó con eso. «Eugeni, ¿seguro que lo tienes claro? ¿Cómo sabes que estos hombres eran los Pata Negra?».

Todos quedaron en silencio. Apareció de nuevo la secretaria, como una leve corriente de aire, con unos papeles: «Director, le esperan los señores aquellos...». Depositó los documentos sobre la mesa y desapareció con la misma brusca suavidad con la que había surgido.

Eugeni se vio obligado a forzar la explicación: «No sabemos si son los Pata Negra, pero al fin y al cabo esa es la denominación que le otorgan los rumores, ¿no? Ellos eran un equipo importante, estaban entre nosotros en medio de la información, en el centro de la ciudad. Por fuerza tenían que ser agentes

importantes. ¿Usted no sabía nada más sobre el asunto este?». Al director no le agradó *nada* que se lo recordaran; por entonces tenía un cargo relevante en el periódico y un peso específico, digamos político, y por fuerza tenía que saber algo más. «Vale, quedamos así», cortó antes de dar por finalizada la reunión y levantarse algo trabajosamente, aunque se esforzó un poco para recordar la gestualidad aguerrida de los tiempos de Bernstein y Woodward, americana de *tweed*, corbata ancha y de rayas diagonales, camisa azul cielo. Incluso ese detalle le pareció a Eugeni Julià un símbolo de buen agüero: el Watergate catalán estaba en marcha.

Por primera vez vio la redacción con ojos diferentes, los biombos, los metacrilatos, la actividad bajo la luz intensa que entraba por la ventana y surgía de los neones.

### Día 3. Redacción, 16:35 horas

*Sé de cielos que estallan en rayos, sé de trombas,  
resacas y corrientes; sé de noches... del Alba  
exaltada como una bandada de palomas.  
¡Y, a veces, yo sí he visto lo que alguien creyó ver!*

Arthur Rimbaud, «El barco ebrio»

Eugeni no sabía muy bien cómo comenzar la crónica. Le daba un poco de vértigo llenar el enorme vacío blanco y luminoso de la pantalla. Alguien había escrito que siempre es difícil violar el vacío de la hoja en blanco. Pero él era un veterano, llevaba unos treinta años de oficio, le salían las líneas sin pensar, mirando más al teclado que a la pantalla. Hizo otra cosa que no debía: entretenerse con el título antes de completar la pieza. «Voces silenciadas». Era ridículo, panfletario o algo peor. Como el título de aquellas novelitas de amor de Marcial Lafuente Estefanía que leía su hermana mayor en los setenta, en el bus o en el metro, con sus portadas chabacanas. Además había que empezar tanteando el terreno, contención. Necesitaba un título intrigante que no dijera nada en realidad. Como la novela aquella de Cercas, *Soldados de Salamina*. ¿Qué tal «Soldados de sal fina»? ¿Y «Soldados hechos fosfatinas»? Le entró la risa tonta allá en medio de la redacción. Venga, al tajo, hombre, concentración.

Ya está: «Cazadores cazados». En realidad, nada más escribirlo dejó de convencerle, pero mejor dejarlo como título provisional. Ya lo cambiaría al terminar, pasando pantalla, como se decía en plan soniquete a la moda. Entradilla: «En los últimos meses se constata la extraña desaparición de los Pata Negra». Pirámide invertida: «Se ha hablado más bien poco del dossier de los Pata Negra, el supuesto arsenal documental secreto del que dispone el ex presidente y líder convergente Jordi Pujol para presionar a las autoridades del Estado en caso de que la justicia sentencie que él o sus hijos deben pisar la cárcel. Pero si bien solo se

puede especular sobre el contenido del explosivo dossier cuya revelación, según algunas fuentes, podría poner en peligro la democracia, sí se conoce la identidad de algunos de sus autores. Algo más de veinte años atrás, el entonces President de la Generalitat habría logrado poner a su servicio a agentes del entonces Centro Superior de Información para la Defensa (CESID), con el fin de obtener información comprometida sobre políticos y empresarios españoles, para poder utilizarla en beneficio en caso necesario. Convenientemente untados, los agentes habrían reunido un disuasorio plantel de revelaciones».

Había escrito la última frase con el fin de incluir el verbo *untar*. Era curioso: en las escasas crónicas que se habían publicado sobre los Pata Negra, siempre se incluía ese verbo. Era como muy descriptivo, muy pringoso y muy deshonoroso.

38

### **Calle Travessera de Gràcia, a la altura del número 17, 16:40 horas**

Los chicos no estaban donde debían. No entendía qué hacían esperándole allí, aborregados ante la sala de juegos y no en el bar. Mal sitio. Pensó rápidamente en las opciones. El vehículo se había estacionado ante la salida de un *parking*, un hueco que permitía descender al pasajero con comodidad y evitaba que, si este era torpe, golpeará la puerta con la carrocería de otro coche aparcado. Podía optar por que el taxista recorriera unos metros más y lo depositara ante el bar. O pedirle que diera marcha atrás, antes del bingo aquel o lo que fuera. Pero la actitud del chófer le hizo desistir enseguida. Quizá si hubiera sido un *paqui* o un latinoamericano se hubiera mostrado más complaciente; pero aquel tipo era un local, de una variedad más bien gruñona. «Jefe, ¿cómo voy a dar marcha atrás en medio de este jaleo de tráfico, hombre de Dios...?». Y total, ¿para qué? ¿Le faltaban las piernas al pasajero, usaba muletas, era un anciano ar-

trítico? El cliente decidió que era mejor no llamar la atención, no discutir, no hacer cosas raras con el taxi, no dejar recuerdo, nada; mejor que el puto taxista se olvidara de él, de su acento extranjero, de su cara. Peor el remedio que la enfermedad.

Abrió la puerta y salió a la acera.

### **Redacción, 16:50 horas**

Eugeni estaba ya metido en faena. Había conseguido teclear a velocidad de crucero y, precisamente en ese momento, escuchó el aviso de entrada de un nuevo mensaje en la cuenta de mail.

Estimado señor Eugeni Julià,

Mi nombre es Arash Tarpinian. Soy un profesor del International Center for Journalists de Yerevan, Armenia, actualmente de gira por Barcelona con un grupo selecto de estudiantes que han obtenido una pequeña beca de prácticas sobre actualidad política catalana y española. Sabemos que está muy ocupado estos días, pero nos gustaría encontrarnos con usted aunque fuera brevemente.

Cordialmente,

AT

39

El mail contenía un detalle un punto enojoso: le había llegado a su cuenta de correo personal, no a la del periódico. Y como cualquier periodista mínimamente prevenido, esas señas las conocía muy poca gente y no era fácil deducir que su usuario, 19EuGeJu60, era él. Por lo tanto, alguien de su entorno próximo le había pasado la dirección al profesor armenio. Pues bien: «Contra el vicio de pedir, la virtud de no dar», decidió enfáticamente. Con la turra a otra parte.

Volvió a ponerse con el artículo. «Según fuentes que prefieren mantener el anonimato, estos agentes podrían haber tenido un final violento a lo largo de los últimos meses».

Esta vez era el WhatsApp. Una breve vibración, y el tono Sirrah de la oferta de Android, un poquito inquietante, anun-

ciaban mensaje. «Querido señor Julià: Estamos muy cerca de su periódico. Podríamos vernos en un momento? No le entretendremos. Salimos mañana de viaje. Muchas gracias. Arash».

El número de su teléfono móvil estaba más restringido incluso que su cuenta de mail personal. Eugeni tuvo un mal presentimiento, como un vacío salino en las tripas, pero no cabían muchas excusas ante alguien que parecía tenerlo bajo observación como una mosca en un microscopio. Y eso acababa de saberlo en los últimos diez minutos. En aquel luminoso día de primavera mejor sería mirar cara a cara al que estaba al otro lado de la lente, y cuanto antes. Escondarse no serviría de nada, y ya esa misma noche era posible que no lograra dormir.

Salió al calor de la calle, aunque ya se respiraba un leve y estimulante frescor. Una tarde para morir o cambiar de vida. Se dirigió al cercano Bar Restaurante Horóscopo, en Travessera de Gràcia con Amigó. Era un local pequeño pero acogedor a pesar de sus mesas de formica que llenaban las dos alas en el establecimiento. Más de dos años atrás, allí mismo, en una mesa apartada, había sido testigo inesperado de una cita discreta entre el trajeado *president* de la Generalitat, Artur Mas, y aquel joven de la oposición antisistema, David Fernández.

En la puerta de entrada del Horóscopo había dos individuos morenos de aspecto árabe. Se dirigió a ellos: «¿Arash?». El uno respondió encogiéndose de hombros, sorprendido. El otro negó con la cabeza. Entró en el establecimiento. Un hombre como de unos cuarenta años le saludó alegremente desde una de las mesas.

Era un grupo de cuatro jóvenes, dos parejas, además de Arash, que era el mayor. Tenía una apariencia nacional indefinida: podría ser americano, a juzgar por el aspecto general y el gesto entre animado y sorprendido. Llevaba el pelo cortado a cepillo, el rostro claro y amplio; miraba fijamente, pero como despreocupado. Había que estar muy atento para entrever que había un punto calculador en el centro de los ojos gris oscuro.



«¡Venga! ¡Siéntese... con nosotros!», exclamó con un marcado acento extranjero. Los chicos le hicieron un hueco, mientras uno de ellos iba a por una silla. «¿Cómo está? Hablo muy mal español, no catalán». Sonrió como encantado de haber podido terminar la frase. Eugeni se acomodó entre el grupo y pudo contemplarlos de cerca. Una de las jóvenes era una belleza eurasiática de un rubio atenuado, rostro amplio, frente alta, ojos claros sonrientes y tez levemente morena. Dos de los hombres podrían ser catalanes, uno de ellos con su barba de tres días y el pelo cortado al dos. La otra chica era algo así como centroasiática, morena aceitunada, pómulos altos, los labios llenos aunque bien perfilados. Se sorprendió al sentirse acogido en el grupo, con una curiosa sensación de confianza. Los chicos le miraban unánimemente con curiosidad. Habló uno de ellos, el del rostro alargado y la barba rala: «El profesor habla muy poco español, yo haré la traducción de sus palabras».

Barcelona estaba llena a reventar de turistas, pero Eugeni no recordaba a nadie hablar en aquella lengua de Arash. «El profesor le pregunta si está cómodo, si quiere hacer una pequeña cena con nosotros». No, Eugeni pasaba con una cerveza, o mejor un vaso de vino. Quizá mejor blanco, sí. Hablaron brevemente del buen tiempo que hacía en la ciudad y enseguida el periodista preguntó de quién había obtenido el teléfono y el mail. Arash sonrió como si la respuesta fuera lo más feliz y evidente del mundo: un amigo común. Eugeni se tensó. «¿Ustedes son armenios? ¿Son estudiantes, usted es profesor?». El aludido hizo un gesto cómplice, como anunciando algo muy divertido pero sin darle importancia. El periodista casi pudo entenderlo sin necesidad de la traducción: «Arash dice que somos iraníes», explicó el joven de la barba. Siguió un silencio incómodo, pero el joven no lo dejó prolongar demasiado. «Bueno, no todos, esta chica *sí* es armenia», añadió señalando a la más morena. Eugeni estaba tan sorprendido que no sabía cómo continuar aquella charla. Le dio por lo

más obvio, haciendo un gesto hacia el bellezón: «¿Esta joven es iraní?». Arash intervino en persa: «Sí, su bisabuelo fue un oficial ruso, de la Brigada Cosaca Persa. ¿Conoce esa historia?». El periodista enmudeció de nuevo. Era evidente su turbación, la preocupación le cubría el rostro como un *niqab*. «Eugeni, ¿tiene algo contra los iraníes? ¿Le caemos mal, algún prejuicio en especial?». El aludido negó en silencio. «Por eso hemos quedado en el Bar Horóscopo, nosotros inventamos todo eso, el zodiaco, ya sabe», añadió casi riendo. «De todas formas, sí es cierto que venimos de Yerevan; o mejor dicho, de parte de Yerevan, ¿sabe?». Arash se había puesto serio pero no resultaba amenazador. Era como un niño explicando cosas que había aprendido aquella misma mañana en el colegio. Eugeni seguía sintiéndose inexplicablemente a salvo. El iraní era un tipo de estatura media, de aspecto elástico, demasiado en forma para ser un profesor de periodismo, pero no tenía nada de avieso. Unos cuantos compañeros de la redacción proyectaban aspectos más péfidos que Arash. Incluso Gimeno, con su parecido a Francisco de Sales, conversor de herejes a través del panfleto. «En ese caso, ¿qué es lo que quieren?» preguntó Eugeni como quien rinde sus últimas defensas. «Bueno, en cierta manera sí somos periodistas», comenzó Arash. «Los cojones», pensó Eugeni. «Vosotros no sois periodistas, si me los conoceré yo...».

Cuando salió a la calle, media hora más tarde, fue caminando como un sonámbulo, de regreso a la redacción. No recordaba haber pasado frente a la calle Sagués, que le traía tan malos recuerdos de un disgusto con una antigua novia, allí en su apartamento, al día siguiente de que descubriera su traición. Siempre le venía a la cabeza aquella noche fatídica, menos en aquel momento en que todo su entorno se borró. No echó un vistazo a las revistas del quiosco de la esquina, como siempre; no le dedicó una mirada admirada a la elegante glorieta que presidía el regio edificio sobre la calle Calvet.

Simplemente intentaba poner orden en su cabeza, donde saltaban alarmas rojas. Los iraníes trabajaban para el gobierno armenio, creyó entender. Por encargo de Yerevan. No era tan extraño, le contó Arash. Ambos países mantenían unas excelentes relaciones desde antiguo. Persas y armenios se apoyaban, colaboraban, comerciaban. No, la religión no era ningún obstáculo, eran viejísimos vínculos entre vetustas civilizaciones. Mucho antes del islam, siglos antes de la llegada de los turcos, desde luego. La convivencia entre armenios y persas era una historia llena de belleza. En aquella ocasión, el gobierno de la minúscula república caucásica no había querido implicarse en el asunto aquel de Barcelona. No tenía medios, el gobierno de Yerevan no deseaba que la cuestión salpicara al pequeño país. Existe una especie de conflicto no resuelto entre los armenios de la diáspora y la República de Armenia. Aquellos se comportan como nuevos ricos, porque lo son. Viven entre Francia y los Estados Unidos, tienen un buen nivel de vida y reivindican la lucha por el recuerdo del Holocausto armenio. Esas comunidades numerosas y poderosas miran por encima del hombro a la República, que apenas llega a los tres millones de habitantes, todos arrinconados contra el monte Ararat, entre turcos y azerís, que los odian y desprecian. Han tenido que convertirse en fieles aliados de Rusia, no tienen otra opción.

Sin embargo, alguien había conseguido reclutar a unos cuantos asesinos profesionales y eran de la AP-13, la mafia armenia americana, la Armenian Power. «Algunos dicen que son ex combatientes del ejército armenio. Ya les gustaría. Claro, los fundadores procedían de la antigua Unión Soviética, pero ahora viven a cuerpo de rey en Los Ángeles, incluso han incorporado a pistoleros latinoamericanos». Ellos eran los que habían liquidado a los Pata Negra, y seguían en ello.

¿Alguien? En efecto, un extranjero; no sabían más. ¿Lo conocía? El iraní le alargó una foto de carnet agrandada. El

hombre hubiera podido parecer armenio con su rostro ancho, la nariz prominente y el gran flequillo de pelo oscuro. ¿Sería una peluca? Miraba desde la foto embutido en una guerrera de camuflaje, mostrando en el escote camiseta de rayas azules y blancas. «¿Por qué va de uniforme?». Arash rió brevemente. «Ah, sí, eso. Las autoridades de Yerevan hacían estas cosas con sus mejores amigos. Emitían visados permanentes para personas de confianza que visitaban con frecuencia la república a fin de facilitar sus movimientos».

Mientras entraba en la redacción, el olor de la humanidad febril, trabajando a pleno rendimiento para llegar al cierre de edición, se mezcló con el acre sonido peligroso de las palabras de Arash: «No sabemos por qué está sucediendo esto, a qué se debe que pistoleros de la mafia armenia estén cazando a antiguos agentes de los servicios de inteligencia española. Uno incluso en Colombia, ¿no es así?».

¿Nos echará una mano, Eugeni? Escriba sobre ello y saltará la liebre. Nosotros le ayudaremos, intercambiaremos información y usted hará el reportaje de su vida.

#### Día 4. Centro operativo, 12:15 de la mañana, 28 de abril, jueves

*El hombre ha muerto.  
La barba no lo sabe.  
Crecen las uñas.*

Jorge Luis Borges (1899-1986)

La sala de reuniones lucía el aspecto vulgar de siempre, el que tenía con sus anteriores propietarios. A pesar de las obras para la instalación de planchas de aislamiento acústico y el imprescindible cableado, se había respetado el discreto aspecto de todo: de las paredes blancas, del enorme y macizo aparador de cedro con biblioteca, de los estantes rigurosamente vacíos, de los tiradores de las puertas, de los herrajes. Debería haber resultado chocante que la mesa de reuniones y sobre todo las sillas de plástico con respaldo metálico, aportadas por los nuevos inquilinos, estuvieran así de integradas en el entorno decorativo original tan pomposo. En realidad solo llamaba la atención el hecho de que aquellos muebles y aquella mesa parecían haberse instalado en una habitación que no correspondía; no una sala de estar, sino algo así como un dormitorio sin ventanas.

Fuera, el tiempo ha cambiado con brusquedad primaveral. El día se ha levantado nublado, húmedo, fresco. Mateo llegaba desde el puerto con expresión de agobio. «Solo es media mañana, ya estoy agotado. ¿Alguien ha podido comprobar cómo conduce hoy la gente? Un tío me ha hecho un adelantamiento criminal por Ronda Litoral, no nos la hemos pegado por centímetros». A Mateo le gusta comentar cosas del tráfico, las vive y le excitan a pesar de que a los demás apenas le interesan; se nota enseguida que se ha pasado media vida al volante. David ya estaba sentado en la mesa de reuniones. Era un tipo absolutamente anodino, a pesar de su pelo rubio pajizo. No estaba claro que fuera de la cuota, el porcentaje de familiares de personas influyentes colocados por enchufe en el servicio o, por el contrario, que perteneciera a ese otro grupo de personal del servicio con perfil y manera

de hombres aún jóvenes que se van haciendo chicos viejos, siempre de buena familia. «Pero no ha sido el único caso, ¿verdad?», le preguntó al otro con una sonrisa que podía ser una mueca burlona. «Hoy no sé qué sucede, de verdad. Estoy seguro de que los cambios climáticos afectan mucho a la conducción de la gente». David amplificó su mueca: «No será que te afecta a ti y por eso ves a los demás como si hicieran locuras?». Mateo se dejó caer desmayado en la silla de oficina. Era un tipo menudo, con bigote fino, gafas de pasta y sonrisa simpática: «Ah, el síndrome del paso cambiado, ¿no? Será que como procedo de la Guardia Civil los asuntos de tráfico me tocan la fibra sensible».

46 El jefe salió del pequeño despacho contiguo y se sentó a su vez con ellos. Era un antiguo capitán del Ejército, al cual los años de mandar equipos de inteligencia compuestos cada vez por más civiles le habían ido confiriendo actitudes de gerente empresarial, aunque de algún negocio antiguo, todavía con albaranes guardados en archivadoras de cartón. Nadie le llamaba por su nombre de pila real, y eso sin que hubiera ninguna razón para ello. Todos lo conocían por Casiano, un *nom de guerre* que había utilizado en una operación encubierta años atrás. «Casiano, terriblemente castellano», era un chiste fácil que solían hacer los recién incorporados a los equipos. Le acompañaba Genís, eterno brazo derecho. Casi al mismo tiempo hizo su aparición Max, un tipo larguirucho de rostro cansado, aniñado e inteligente. Se sentó junto a Helena, la única mujer del grupo, tan callada y absorta como él. «Latazo a media mañana: reunión sobrevenida dejando a medias la labor del día, ¿eh?», anunció el jefe intentando mostrarse innecesariamente comprensivo. Nadie hizo ningún comentario. Terminó de ordenar algunos papeles en un dossier de cartulina mientras hablaba. Levantó la vista y miró a sus hombres con detenimiento, por encima de las gafas de cerca que solía ponerse y sacarse continuamente. La verdad es que el jefe no tenía nada de la rudeza militar de otros mandos.

«A primera hora, bien temprano, recibimos un mensaje por vía urgente. Nos lo envió un informador de Genís. Acudió a reunirse con él, desayunaron juntos y le contó lo siguiente: ayer noche, un amigo o conocido de este informador, que es un periodista, le telefoneó muy nervioso. Al parecer, sostiene que alguien está asesinando a un supuesto grupo de antiguos compañeros, integrantes de eso que ahora se conoce como *operativo Pata Negra*». Llegado este punto, David suspiró ruidosamente y murmuró algo con la intención de dejar patente su desazón. «Lo sé, lo sé», repuso el jefe con paciencia y firmeza. «Yo también estoy al caso de la tontería esta de los Pata Negra, muy cansino, un tópico recurrente, la matraca local. Sí, me leí los dos o tres artículos que se han publicado últimamente, sé de la moda de los dossieres, lo del supuesto Informe Pelicano contra el jefe de gobierno. Por cierto, que hasta los turcos tienen uno con cosas feas de su presidente. Parece que el cambio climático favorece la reproducción descontrolada de pelicanos por todo el mundo». David intervino disculpándose: «Lo siento jefe, no quería interrumpirte. Pero es que andamos desbordados, todo ese asunto de la validación de los contenedores nos tiene agobiados, los americanos nos están pidiendo imposibles, cualquier día tenemos un disgusto con los chicos malos del Daesh».

47

Casiano continuó con su tono firme: «Bien, dejadme terminar al menos, por favor. No os hubiera convocado a estas horas si la cosa fuera una bagatela de dimes y diretes de periodistas e independentistas. Vamos a ver, el plumilla este andaba trajinando una crónica sobre el asunto en cuestión. Según él, han sido asesinados cuatro agentes jubilados del CESID. Qué tiempos ¿eh?». El jefe decidió sacar un poco de hierro a la situación. «Ahora bien: tenemos los nombres, nos los pasó el informador. Y esta misma mañana, hace nada, Genís llamó a Madrid para pedir información a Registro; no han tardado mucho en responder. Nos dicen que uno de los oficiales falleció hace un año de un cáncer de pulmón. Otro se estrelló contra una apisonadora en

una carretera comarcal. Lo único raro de este caso es que este señor había sido expulsado del servicio por comportamiento desordenado. Iba el hombre como el Ortega Cano con su monovolumen, vamos». El comentario provocó un par de risas ahogadas. A veces el jefe tenía salidas de pata de banco, de calidad. «Prosigamos. Los otros dos casos son espeluznantes: a uno le disparó un vecino por una disputa de lindes. Se ve que el compañero se jubiló, se retiró a su Galicia natal y al poco tuvo un pleito como muy típico de por aquellas tierras». Nuevas sonrisas. «El más dramático es el último. Este seguía en activo, era de los más jóvenes del grupo, en periodo de pruebas por entonces. Hace poco estaba en Colombia en una misión encubierta, y va y nos lo mata el ejército de allí. Fue uno de los “falsos positivos”. ¿Sabéis de qué va la cosa? Sí, en efecto: civiles ejecutados por militares colombianos y convertidos ante la prensa en guerrilleros muertos en combate por arte de birlibirloque. Creía que era algo de hace años, dado que la fiscalía colombiana estaba metiendo mano en esto. Y, además, andan en negociaciones de paz con la guerrilla, ¿no? Pues aún tuvieron tiempo de provocarnos una baja sin comerlo ni beberlo». El jefe hizo una breve pausa, como si interrogara a los papeles que tenía sobre la mesa. Tras ese gesto, lo usual era que se sacara las gafas de cerca.

«Y no termina aquí todo. El equipo de supuestos Pata Negra no se limitaba a estos cuatro hombres. Era otra época, pero aun así, en la Cataluña de los ochenta y los noventa teníamos aquí más efectivos, claro. Sin ir más lejos, ETA campaba por estas tierras como Pedro por su casa. Al menos hay otros cuatro oficiales más que trabajaron en el rotativo del periodista que nos ocupa. Y uno de ellos, precisamente, era un profesional muy cualificado, que hizo una parte importante del trabajo de los equipos en Cataluña y luego ascendió en el servicio. Hoy sigue en activo y es mando destacado en el Centro. Así que el señor este de la crónica, delira. Y, además, tiene mala memoria». Esta vez nadie interrumpió al jefe.



«A nosotros todo esto nos da lo mismo, ¿verdad? Que ese hombre publique lo que le dé la real gana y ya se ahorcará con su propia cuerda. Llevamos años así con esta gente. Cada vez las dicen más gordas, y lo que te rondaré. Al final saldrán con que el Rey es el jefe secreto del yihadismo internacional o alguna gilipollez por el estilo; y si no, al tiempo. Pero en este caso el problema va más allá de las pajas mentales de los cuñaos, porque ayer por la tarde a este individuo, al periodista en cuestión, le abordó un equipo de la VAJA iraní. Sí, sí, como lo oyen, en pleno centro de Barcelona. Como la Virgen de Montserrat pero en persa, una especie de milagro. Le contaron una historia increíble sobre unos supuestos pistoleros de la mafia armenia reclutados por un misterioso personaje, que andan ejecutando a *nuestros* Pata Negra. Dan ganas de decir aquello tan castizo de “Los muertos que usted mató gozan de buena salud”, si no fuera porque al menos cuatro de aquellos agentes sí están muertos. Aunque por causas menos rocambolescas, claro. Pero vamos, que no eran procesistas de esos imitando acentos raros, no: eran *realmente* extranjeros. El periodista se cagó y lo largó todo a nuestro confidente». Exclamaciones de asombro entre los cuatro agentes que habían sido convocados a la reunión. Carraspeos, rumores. Chirrido de patas metálicas de alguna silla. Incluso Max parecía haber salido de su ensimismamiento habitual.

«Bueno, bueno, vamos a ver cómo apañamos esto», intervino el jefe, apaciguando al equipo. «La aparición de los iraníes campando a sus anchas por la Ciudad Condal nos lleva al terreno de la seguridad nacional». Le dedicó una rápida mirada levemente desafiante a la expresión interrogativa de David; Max volvía a estar como perdido en las profundidades de un punto indeterminado de la mesa, y Mateo no había cambiado su expresión, totalmente neutra. Helena intervino: «¿Pero qué le pidieron al periodista? ¿Qué servicio debía prestarles? ¿Le pagaron, alguna forma de remuneración?». Tenía

un leve acento gallego un poco insolente. Jefe Casiano se encogió de hombros antes de responder: «Al parecer la cosa consistía en fabricar alguna forma de *false flag*. El iraní este (los otros no sabemos en realidad qué eran) instó al periodista a que denunciara lo que estaba sucediendo en el reportaje sobre los Pata Negra que había empezado a escribir. Que ellos le irían pasando información conforme la tuvieran». Helena expresó su vehemente desconcierto: «O sea, a ver: que a un plumilla más bien nacionalista le piden que denuncie que alguien está financiando una campaña de asesinatos selectivos contra los servicios de inteligencia españoles. ¿Lo entendí bien? Un poco fuerte, desde luego. ¿Suponían que un tipo gris como ese periodista, al que no conocen ni en su casa a la hora de comer, se iba a lanzar a la carga con un asunto así?».

Nadie interrumpió a Helena, ni se escucharon comentarios sarcásticos o intervenciones invasivas. Los presentes prestaban ahora su máxima atención en riguroso silencio profesional.

50

«Todo depende de lo que sabían o creían saber del hombre este, Eugeni... Julià. Casi seguro que contaban con un informador dentro del periódico que les hizo la oportuna evaluación previa. Y esta persona pudo haber sido un compañero suyo o incluso algún jefecillo de la cuerda indepe. A partir de ahí, igual consideraron que el *target* veía la oferta como la oportunidad de escribir el reportaje de su vida. ¿Edad?». Genís tenía el dato a mano para responder a su jefe: «Cincuenta y tres». Casiano hizo un gesto expresivo, como un mudo *voilà!*, y continuó: «Ahí lo tenéis. Un cincuentón intentando tomar el último tren. A partir de ahí, podía montarse el asunto como mejor le cuadrara. “No dejemos que la realidad estropee una buena noticia”. ¿No se dice así? Se ha hecho en muchas ocasiones: no digo esto, pero lo expongo. Ahí queda. Qué barbaridad suponer que hay un complot terrorista gestionado por un Bin Laden catalán. Pero ya lo has colocado, lo has largado, ya has puesto la probabilidad en circulación. Y cuanto más atrevida y burra

sea la invención, más tienta a la gente a repetir la especie como loros en la redes sociales».

Siguió un silencio desconcertado. Aquello parecía difícil de concebir, con todo. Equivalía a airear una supuesta situación de preguerra civil. Casiano continuó con su función de relator en jefe.

«Pero este argumento tan retorcido no nos debería interesar tanto, al menos por ahora. Este tío es seguramente un psicópata; al menos la estrategia, sea quien sea el que la ha diseñado, tiene ese aspecto. Lo significativo no es el rollo que cuenta, eso puede ser pura *deception*, engaño, camuflaje. No nos importa tanto su desparpajo, su locuacidad, como su conducta. El objetivo preferente es identificar quiénes son estos tíos y cómo y por qué se mueven. Una célula de un servicio de inteligencia extranjero está operando en plena Barcelona de una forma muy agresiva y descarada. Esa es la cosa, ese es el pollo del arroz con pollo. Madrid nos ha pedido que lo evaluemos nosotros, al menos inicialmente. Nos viene un poco ancho. Es un procedimiento un tanto raro, lo admito. Pero, en fin, donde hay patrón no manda marinero, David». El jefe se adelantó a la queja del otro, que casi le salía por los ojos. Parecía un maestro de escuela que conocía perfectamente las nimiedades que pensaban sus alumnos en todo momento.

Siguió un breve silencio general. Desde el lavabo se escuchaba la gotera de un grifo que hacía tiempo que esperaba algún ajuste. El goteo, impertinente, tic, tic, toc, tic, marcó los tiempos de regreso al relato y análisis de jefe Casiano. En realidad tenían que haber concluido las nuevas obras de aislamiento acústico integral, pero por alguna razón se habían quedado a medias. De momento estaban tranquilos, nadie parecía haber detectado la presencia del piso operativo, ni en la vecindad ni en otros países; pero la instilación les resultaba profesionalmente molesta a todos.

«Lógicamente, desde el Centro harán una consulta con los iraníes. Ahora estamos mucho mejor en las relaciones con

ellos desde el pacto nuclear que firmaron con Obama el verano pasado. Nuestros hombres de negocios ya están yendo hacia Teherán para firmar succulentos contratos. Dentro de poco empezarán a llegar sus turistas en cantidades apreciables. Ya lo sabes, ¿no, David?». El aludido asintió con la cabeza. «De acuerdo, pues a ver qué nos dicen de Madrid. Primero hemos de saber si el señor iraní este y sus chicos existen realmente o son tan ficticios como los pistoleros armenios. Si da positivo, tal como nos han planteado las cosas desde la Villa y Corte, igual me ordenan que alguno de vosotros se acerque a Yerevan o Teherán un día de estos. ¿Alguien ha estado por allí?».

Los presentes reaccionaron con desconcierto. ¿Ellos, desde una delegación regional tenían que ocuparse de un viaje de esa envergadura? Anda ya. El jefe no estaba poniendo todas las cartas boca arriba. Max fue el único que intervino, por primera vez, levantando una mano: «En realidad estuve cerca, en un viaje por el Kurdistan, al otro lado del monte Ararat», añadió en voz más bien queda y tranquila. Casiano pareció satisfecho con la respuesta. «Excelente, eres un *boy scout* vocacional. Vamos a darnos unas horas para una primera evaluación. Dadle unas vueltas al asunto y nos vemos a las ocho, esta misma tarde».

Helena intervino brevemente: «¿Avisamos a los otros, al resto de los equipos?». Al mismo tiempo, Mateo levantaba la mano: «Perdón, ya que sale el asunto: ¿movemos a nuestros informadores?». El jefe movió la cabeza con energía. «No, no, no, solo nosotros, los demás siguen en lo que están, no pueden dejarlo ni un minuto. Nada de colaboradores, tampoco informadores, por el momento al menos; nada de intercambios de cromos con los amigos *mossos*, ¿escuchas, Mateo? Al menos hasta que tengamos una hipótesis. Se nos iría de las manos antes de empezar. No, Helena, nada de gente de la calle, al menos por unas horas, por favor. Tampoco hay que volver a contactar con el librero. Y esto va muy en especial por ti, Genís. Olvídate del

dichoso librero. Por cierto: no te vayas todavía, quiero comentarte algo. Ahora vamos a ver si entendemos un poco de qué va esto. Gracias, caballeros, nos vemos en un rato de nada. A ver si hay noticias, y son buenas».

Ruido de sillas, patas metálicas, voces que se desatan por fin en comentarios y risas quedas.

Por el pasillo se escuchaba la voz de Mateo: «El otro día, jefa Beatriz le dijo a la revista *Telva* que somos el mejor servicio secreto del mundo; ahora solo tenemos que cumplir». Risa ahogada de alguien y una respuesta que ya no se escucha. El perro ladraba furiosamente en el patio, a la salida. Ese no tenía dueño, ni jefe.

### 13:05 horas



Casiano aprovechó esos minutos en que el piso se vaciaba para hacer una llamada. La cosa se prolongó algo más de lo previsto y para cuando pudo atender a Genís, pasaba ya de la una. «Mecachis, ya va la mañana fuera. Bueno...». Se pasó las manos por la cara, frotando los ojos, las sienes. Acababa de entrar en la madurez y algo más, pero a veces temía hacer el tránsito hacia la vejez a mayor velocidad de la prevista. De momento aquella noche no había podido dormir. Se metió en la cama, abrió los ojos nada más cubrirse con la sábana y al cabo de un rato volvió a levantarse. Aquel asunto de los contenedores y las presiones de los americanos les estaba trayendo a todos por el camino de la amargura. Y ahora solo faltaba la historia del periodista y los iraníes para desatar nuevos frentes de ansiedad.

—Vamos a ver, explícame de dónde has sacado a ese informador del que yo no sabía nada. Es una falta seria, Genís. Tengo que estar al tanto de la gente que manejas, es básico.

—Lo siento, jefe. En realidad no se trata de un informador de plantilla, es un antiguo amigo, casi de la infancia.

—Ya, bueno, bien, pero ¿en qué basa su colaboración contigo? ¿Solo en la amistad? —el tono de Casiano era de clara preocupación.

Genís no le iba mucho a la zaga a su jefe en cuanto a edad, pero parecía un hombre mejor conservado; esbelto, atildado, reflexivo. Era un dandi discreto, pero lo era. El jefe miró con un punto de envidia aquel chaleco morado oscuro que tan bien le quedaba a su subordinado e iba apenas a juego con la corbata, pero iba. A él hacía tiempo que sus allegados y familiares lejanos habían renunciado a cambiarlo. Sus chaquetas, corbatas y *pullovers* de colores apagados eran de otra época, cuando en el Centro se sugería que era mejor pasar desapercibido. Sin embargo, en Cataluña se vestía con más audacia y era él, precisamente, quien a veces resaltaba por eso, por querer pasar escandalosamente desapercibido, como si saliera de la masa inexistente de un ministerio madrileño.

54

—Sí. De hecho la información que me ha suministrado puntualmente es casi más chismorreo que otra cosa. Como lo que me dijo sobre los ambientes políticos catalanistas e independentistas, algo que no utilizamos, como sabes. Pero él se cree en la obligación de enviarnos informes y soplos con cierta regularidad. Yo se lo agradezco, pero no le puedo cerrar la puerta; al fin y al cabo, no es nada oficial.

Saltaba a la vista que Genís conocía a su colaborador.

—¿Entonces? —el jefe sentía la necesidad acuciante de tomar un café, bien largo.

—¿Quiere decir que por qué lo hace? Por idealismo. Es un independentista radical, a carta cabal. Pero cree que esto del *procés* es una chapuza y que los políticos e intelectuales que lo

gestionan son unos ladrones, unos arribistas o lo siguiente. En general, opina que todo esto es un fraude y un profundo error, y que cuanto antes concluya, mucho mejor. La oportunidad para la secesión que él ansía no es ahora.

—Pero de esa forma él mismo se está señalando ante nosotros como activista conspirador en contra del Estado. No le veo mucho la punta a la tal estrategia —repuso el jefe.

Genís se encogió de hombros.

—Él cree que su tiempo ha pasado, que por edad ya no verá la siguiente ronda del juego o le pillaré muy mayor. Pero ahora puede hacer algo, y es desviar el tren para evitar que se produzca un descarrilamiento innecesario. Y que nadie desea en realidad. Está convencido de que esto saldrá mal. Si, además, meten la zarpa potencias extranjeras, será la catástrofe.

Se hizo un breve silencio hasta que interrumpió Casiano con un suave carraspeo que pareció abrir la puerta a reflexiones en voz alta. La conversación había generado un punto de modorra que flotaba sobre ambos interlocutores. Aunque apenas perceptible, estaba ahí.

—A ver, Genís, eres catalán de pura cepa, de Sabadell, y yo de Zamora. Conoces a tu gente. Pero ¿no crees que este hombre podría terminar usando sus conocimientos sobre nosotros, por escasos que sean, en nuestra contra, y eso el día menos pensado? ¿Has verificado que este informador no sea un provocador doble, triple o cuádruple? ¿El mismísimo Demonio redivivo?

Genís asintió diligente con la cabeza.

—En este trabajo no podemos poner nunca la mano en el fuego por nadie, jefe. Lo sé. Pero a este hombre lo conozco desde hace tiempo. De hecho, de antes de pertenecer al servicio. De jóvenes éramos de la misma peña excursionista, ambos somos de Sabadell. Y de hecho, este ha ido disputando con todo el mundo, enfrentándose con unos y otros, y a pesar de ello nuestra amistad se ha mantenido.

—Supongo que conoces el terreno en el que te mueves; hasta ahora lo has demostrado cumplidamente. Pero no acabo de darle crédito a la justificación que empleas. No me cuadra.

—Bien, jefe: imagina que de aquí a unos meses tenemos un gobierno de Podemos. O un secretario de Estado afín a ese partido. Aun con toda la obediencia debida, pudiera ocurrir que en determinadas circunstancias tú mismo temieras que los intereses del país estuvieran en peligro...

Genís se arrepintió de plantear el asunto así. Sabía que se movía en terreno resbaladizo, a pesar de que no eran extraños a la historia del Centro los encontronazos partidistas, como en el resto de la administración del Estado.

Casiano permaneció en silencio. Genís había pinchado en hueso y nervio a la vez, pero eso era algo muy frecuente en las reuniones de trabajo. Lo importante ahora mismo era que no terminaba de hacerle gracia aquello de mezclar amistad con trabajo. No resultaba nada recomendable. En ninguna actividad laboral lo era, y mucho menos en aquella profesión, de las más antiguas de la humanidad. Al fin y al cabo, si había que creer a Genís, aquel librero era un traidor a los suyos con todas las letras.

56

Jefe Casiano suspiró. En fin, apreciaba a su lugarteniente y le daba amplio crédito. O quizás le caía bien, dado que era un hombre fiable y templado, y eso era muy importante, y no siempre fácil de encontrar en la profesión, a pesar de que se insistiera en la confianza entre los compañeros. En realidad, se concedió, le gustaba Genís porque era catalán y le gustaban los catalanes en su conjunto, qué caramba. No los veía muy diferentes al resto de los españoles, por mucho que pasaran buena parte del día empeñados en demostrarse lo contrario. Levantó la reunión y se dispuso a aprovechar lo poco que quedaba de la mañana para resolver un par de gestiones. Y para tomar aquel café que necesitaba su temple. Aun así, lo del librero aquel no acababa de verlo claro. Amistades y amoríos con las fuentes no solían terminar nada bien. Con todo y que era el pan nuestro de cada



día en la profesión. «El amor es ciego y la amistad cierra sus ojos». Alguien dijo esa frase, y seguro que era un espía.

Lo consultó en Google, y no: era de Nietzsche.

## 16:30 horas

*Este camino  
nadie ya lo recorre,  
salvo el crepúsculo.*

Matsuo Basho (1644-1694)

Eugeni estaba literalmente cruzado. La noche anterior había corrido a telefonar a Miquel tras haber mantenido la reunión con el iraní. No sabía cómo había podido aguantar hasta el cierre de la edición; se moría de nervios y ansiedad.

—¿Cómo se te ocurre llamar al iraní ese y explicarle lo de mi reportaje? —Miquel se quedó sorprendido ante el chorro de voz acuciante que salía del auricular, como un géiser, vapor incluido.

—No sé de qué me hablas, Eugeni. Tranquilízate un poco. ¿Estás seguro de que puedes contármelo por vía telefónica?

No, no podía, no quería. Era mejor verse un momento, pero Miquel vivía fuera de Barcelona. Para dar confianza al otro y porque le intrigaba todo aquello, el librero se ofreció a regresar al centro en su coche, a pesar de que había llegado a su domicilio poco antes. Eran veintiocho kilómetros, media hora, pero qué se le iba a hacer.

Se encontraron a eso de las once en un bar casi desierto en Muntaner, cerca de Diagonal. En aquel cubículo iluminado parecían figuras irremediamente solitarias en un cuadro de Edward Hopper. Fuera llovía. Los escasos automóviles que transitaban calle abajo parecían huir de algo.

—No, no fui yo quien habló con ese iraní. No tengo ni idea de quién puede ser. Ni siquiera frecuento a esa clase de gente —en voz baja, Miquel se esforzaba en que el otro le creyera.

—¿Y lo de los armenios? —el librero siguió negando enérgicamente con la cabeza.

—Déjalo, tío. Todo esto me está pareciendo ya muy peligroso —murmuró, al fin, concentrando la mirada en el borde de la mesa como si fuera el abismo.

Quedaron los dos en silencio, hasta que Eugeni casi pensó en voz alta:

—Entonces, si no has sido tú, ¿quién habló con los iraníes o armenios o lo que sean? Nadie sabía que yo iba a escribir ese reportaje —Miquel ya estaba claramente cansado, el estrés ajeno agota a quien intenta paliarlo.

—¿*Nadie*? ¿Cómo que nadie? ¿Quién te pasó la información de la que arrancó todo?

¿Gimeno? No sabía qué pensar. Inicialmente Eugeni incluso había tenido cierta mala conciencia, como si le robara la idea al compañero.

58 —Pues entonces, en ese caso... —concluyó Miquel apuntando hacia arriba con la palma de la mano en horizontal—. Los jefes.

Eso había sido anoche. Había vuelto a casa desfondado, con diarrea, las tripas reviradas, pero algo recuperado de ánimo. El mismo Miquel, que lo había animado al principio, le ofrecía ahora una vía de escape. Eso había servido para que Eugeni ya no viera aquello como el reportaje de su vida. Si lo dejaba escapar ya no lo interpretaría como una oportunidad perdida. Ahora, ya de nuevo en la redacción, Eugeni, ante la pantalla de su pecé, se estaba autoconvenciendo con gran facilidad y generosidad de que lo mejor era olvidarse del reportaje sobre los Pata Negra. Al menos, por el momento. No tenía por qué sentirse como un perdedor. En absoluto.

## Un ejercicio peculiar, 20:00 horas

*Different colours,  
tongues, towers and gods.  
I search my way.*

Herman van Rompuy (1947-)

Había una pantalla de plasma en una pared, en una habitación en el sótano del centro de operaciones. Nada de ventanas, solo las pantallas. Unos operarios llegados de Madrid la habían instalado hacía un par de semanas sin dar más explicaciones. Aquella tarde, convocados a la inauguración del invento, la veían encendida por primera vez. La tecnología rutilante animaba la creatividad, levantaba la moral. Y de paso hacía olvidar que las obras de aislamiento habían quedado paradas. Apareció en ella una responsable de la División Técnica, allá en el Centro.

«Buenas tardes a todos. Estáis haciendo un esfuerzo extra sobre lo que ya lleváis encima, y además vais a desempeñaros por una vez como huevos duros». Se podía apreciar la edad de la mujer por la jerga un punto obsoleta: eso de llamar huevos duros a los analistas era de los ochenta, los noventa como mucho.

La responsable continuó con su presentación en tono didáctico: «Por ello, y porque esto es un asunto sobrevenido que hemos de solucionar con rapidez, Jonás os va a echar una mano. Acaba de realizar un curso de especialización en análisis de inteligencia, en Estados Unidos. Os sacará información que ni siquiera sois conscientes de poseer. Le llamamos el House, en homenaje a la serie de televisión». El chiste fue recibido con risas por todos los presentes, en parte porque nadie se esperaba un comentario así de una jefa habitualmente hosca.

Jonás apareció en la pantalla. Era un tipo de aspecto curioso, con un rostro triangular debido a sus pómulos prominentes y la barba a medio crecer, que confluía en el vértice in-

ferior. Llevaba el pelo largo con la raya en medio y sus ojos oscuros miraban directamente, casi sin pestañear. Parecía un guía espiritual más que un experto en SIGINT. «Este tío tiene problemas de audición», le susurró Helena a Max. «Sí, llevo dos audífonos, ¿cómo lo sabe?», se escuchó a Jonás, el House, desde la pantalla. De nuevo se rieron todos al unísono, menos Helena, que se sintió completamente estúpida y torció los labios en un gesto contrariado, muy suyo. «Por la manera de mirar penetrante», respondió con sinceridad, pero también con cierta intención de reparar el patinazo. «Bien, como pueden ver mi pequeña minusvalía queda totalmente paliada por la potencia de nuestros equipos. Esta sencilla anécdota debería dejar contentos a los jefes sobre la inversión realizada, que no ha sido moco de pavo». Esta vez se escucharon menos risas. Parecía que, a la postre, el mote de House le cuadraba bien a aquel Jonás, con su punto de gurú cínico.

60

«De acuerdo, vayamos al asunto. Estamos ensayando nuevos métodos de análisis diferencial que otros ya han desarrollado desde hace tiempo. Déjense guiar por mí», comenzó Jonás. Por alguna razón, el hombre les caía simpático a todos. Era como si estuviera pidiendo a gritos ir a tomar unas cervezas para reírse y relajarse con él. Pero, a la vez, también parecía muy difícil que le concediera a alguno de los presentes tal privilegio, incluso en circunstancias normales, cotidianas. Quizá debían ganárselo a pulso. Definitivamente era un maestro, y ese tipo de personas no regala su confianza a cualquiera.

«Un equipo de agentes de la VAJA iraní le ha relatado a un periodista catalán que pistoleros armenios, supuestamente de una mafia de esa nacionalidad, han ejecutado a varios ex agentes del antiguo CESID contratados por alguien, no sabemos quién, que posee intereses en la República de Armenia. Hipotéticamente, los asesinatos habrían tenido por objeto acallar a las víctimas, puesto que estas serían los autores principales de un dossier o informe sobre negocios ilegales y otras prácticas

censurables cometidas por políticos y empresarios españoles, e incluso por Su Majestad o miembros de la familia real». Jonás leía con rapidez un guion que tenía ante él, sobre la mesa. «Según especulan algunos medios de comunicación de tendencia amarillista, ese informe habría sido realizado a instancias del anterior presidente de la Generalitat Catalana, ya saben a quién me refiero».

Jonás levantó la vista del papel y les miró desde el plasma con sus ojos como botones negros y brillantes. «Según me han informado, ha quedado probado de forma suficiente que al menos una parte de la historia es un *hoax* desde el principio, una falsedad. No se ha producido ninguna baja de ex agentes de nuestro anterior servicio de inteligencia por la acción de ningún pistolero armenio».

Permaneció unos segundos en silencio mientras tecleaba y luego volvió a intervenir:

«Vamos a trabajar en el análisis diferencial con una herramienta, una aplicación relativamente nueva que se basa en una técnica de análisis estadístico bastante antigua llamada SEM, Structural Equation Modeling. Se aplica cuando se quiere determinar la relación entre una variable latente que no es observable y otras variables, sí observables y sí medibles. La técnica, dicho a lo bruto, consiste en proponer una hipótesis de relación entre las variables y comprobar estadísticamente si el modelo de la hipótesis corresponde a la realidad o no. Esto lo ejecuta la aplicación con gran potencia recurriendo cálculo contrafactual a partir de la base de datos a la que está conectada, y que es muy amplia, porque no solo incorpora noticias de medios. También incluye nuestra propia información y análisis, la que nos ofrecen algunos amigos para este uso y, oh sorpresa, la Wiki de inteligencia. En fin, es una evolución del TIACRITIS, mucho más potente y a la vez con una usabilidad simplificada y de software comercial. Si, me refiero al Teaching Intelligence Analyst Critical Thinking Skills y no a otra cosa».

El curso acelerado de Jonás se seguía en Barcelona en total silencio y una creciente extrañeza. Ellos no tenían que estar allí, eran un equipo de operativos, «profesionales de la calle» como decía a veces Mateo con sorna. Y veteranos, casi todos. Cuando el especialista terminó de completar sus explicaciones, pasaron a las pantallas. Cada uno respondería desde su ordenador, en la penumbra de la pequeña salita de operaciones.

«Vamos allá, como si estuviéramos ante uno de los diagnósticos diferenciales de House», comenzó Jonás. Supuso que alguien habría sonreído al otro lado de la pantalla, aunque no tuvo constancia de ello. «Posible implicación, directa o indirecta de alguna mafia armenia, de círculos de la diáspora o del mismo gobierno de Yerevan, en este supuesto enunciado por un hipotético agente iraní».

62 En la semipenumbra de la estancia, el grupo de agentes abrió la aplicación y comenzó a teclear en el cuadro de diálogo. La rapidez era esencial en los análisis interactivos. Helena escribía a tiro hecho. Había estado revisando las actividades de la mafia armenia en Cataluña y parecía difícil que tuviera capacidad ni intenciones de involucrarse en asuntos tan explosivos como el de la historia del iraní. «Hace menos de un año que fue desmantelada una potente red de blanqueo de capitales en Cataluña vinculada a la Armenian Power californiana (septiembre de 2015). Es altamente improbable que se hayan involucrado en asesinatos supuestamente dirigidos contra funcionarios del Estado español», concluyó.

Helena había estudiado Historia y recordaba a un profesor que les hacía responder sintéticamente en los exámenes, algo que contravenía la práctica seguida por la mayoría de los otros docentes. Ahora agradecía aquel ejercicio de concreción. «No se entiende qué interés podría tener el gobierno armenio en involucrarse en una operación que perjudicaría sus relaciones con la Unión Europea. A no ser que Moscú estuviera detrás de ello y de forma activa, algo de lo cual Yerevan no obtendría

beneficios. En cuanto al gobierno ruso, remitíos a: LÍNEAS DE CONFLICTO ENTRE RUSIA Y LA UNIÓN EUROPEA».

Max pudo dirigir un vistazo de reojo hacia Helena, cosa de un par de segundos. Mirarla brevemente le daba una perceptible subida de entusiasmo. Objetivamente no era un bellezón. De aspecto aniñado, más bien pálida, los ojos oscuros, grandes, le gustaba aquel rostro sereno que parecía tener la calidad translúcida del alabastro.

En el servicio se podía llegar a conocer bastante sobre la vida privada de los compañeros, pero de ella sabía más bien poco. Notaba cierta afinidad intelectual, como si ambos hubieran estudiando en la misma aula universitaria, pero poco más. No estaba casada, pero eso no implicaba mucho. Max se había preocupado de ampliar sus conocimientos de comunicación no verbal y por su cuenta había estudiado un poco de lectura en frío, técnicas de inteligencia enfocadas a la deducción. Y Helena no daba señales de sentirse atraída por él. Ni por ningún otro. Aun así, poseía una calidad de amor platónico inalcanzable, y eso la hacía muy atractiva a sus ojos. Frunció brevemente los labios. Continuó con su test y teleó:

«La diáspora armenia y sus correspondientes *lobbies* en Occidente están demasiado atentos a la posibilidad de sacar beneficio de las tensiones entre Turquía y algunos países de la Unión Europea por la crisis de los refugiados. Ello hace altamente improbable cualquier implicación susceptible de poner en riesgo las relaciones con países europeos que podrían condenar el genocidio armenio desde sus parlamentos».

Siguieron dándole vueltas durante casi tres cuartos de hora. Cuando exploraban la supuesta intervención iraní, David estaba seguro de que los otros analistas estarían haciendo anotaciones sobre el asunto de los papeles de Panamá. Recordó que la semana anterior había llevado al niño a la pediatra, una doctora iraní muy competente y amable. Le preguntó si ahora que

las relaciones con su país se estaban regularizando volvería allí con más frecuencia y ella le había respondido con una voz tranquila, un poco como si hablara hacia dentro de sí, que precisamente *ahora* había que ir con más cuidado, porque el régimen estaba desmontando todo el enorme tinglado semiclandestino que había levantado durante los últimos años para romper el bloqueo al que le tenían sometidas las potencias occidentales. David conocía de sobra todo ese andamiaje que se había ido desvelando gracias al esfuerzo combinado de varios servicios de inteligencia. Pero no había pensando en las implicaciones a escala individual para miles de iraníes residentes en Europa, gentes grandes y pequeñas. ¿Cuántas de aquellas personas estaban mezcladas en trapicheos sin saberlo? O quizá sí lo sabían a medias, o incluso del todo; y callaban y hacían. Por un momento pensó en la jungla de derivaciones hacia clientes, amigos, vecinos, proveedores, españoles, italianos, americanos, brasileños, turcos, armenios, y sintió vértigo. Era como buscar una aguja en un pajar del tamaño de un portaaviones. Rogó mentalmente porque aquel Arash fuera realmente un agente de la VAJA, un profesional detectable y al servicio de un gobierno, y no un puro y simple gamberro farsante.

«Parece improbable que todo ello tenga que ver con el reciente seguimiento fiscal llevado a cabo sobre el empresario iraní Zandi Goharrizi Massoud, cuyas actividades, recientemente puestas de relieve por las filtraciones de los denominados papeles de Panamá, están ligadas a las de importantes grupos españoles. Sí que sería recomendable estudiar las posibles relaciones del empresario irano-azerí-turco Reza Zarrab, detenido recientemente en los Estados Unidos (19 de marzo) por blanqueo de capitales, fraude bancario e intento de evadir sanciones estadounidenses contra Irán. En diciembre de 2013, Zarrab se vió mezclado en un escándalo de corrupción que salpicó al Gobierno turco y en el que se le acusó de liderar una red de lavado de dinero y contrabando de oro, así como de sobornar a minis-



tros, lo que abrió una crisis en Ankara. Las actividades delictivas del señor Zarrab tienen ramificaciones muy extensas y podrían estar relacionadas con proyectos a desarrollar en España».

Cuando terminaron, y se apagó la pantalla, todos largaron su estupefacción. «Pero ¿esto qué es?», «Se han gastado un pastizal en este equipo de transmisiones y en estos sistemas, madre mía», «¿Sabías algo de esto, jefe? ¿No?», «¿Ahora vamos de analistas? ¿Para esto hice yo los cursos de operativo? Me veo engordando en el sillón, ante la pantalla y perdiendo pelo hasta convertirme en un huevo duro», «El Centro cediendo poder, lo nunca visto», «Nos están dando autonomía a los mindundis de Barcelona, *nen*» (risas), «Qué dices, ¿nos han dado la independencia!», carcajadas generalizadas y voces que se alejan por el pasillo. En la sala solo permanece un leve calor eléctrico.

Jefe Casiano sabía adónde llevaba todo aquello. No le hacía falta tanta tecnología: su buen sentido, informado por prejuicios y experiencias, le avisaba de que estaban ante una historia de intereses mafiosos. Eso lo invadía todo en los últimos tiempos, aparecía debajo de cada moqueta gubernativa, se colaba en los entresijos de la política, empapaba proyectos empresariales con su textura oleaginosa; hacía que ellos, en otros tiempos quijotes por los caminos del mundo, se asemejaran ahora a sanchos en la isla de Barataria. Como quien no quiere la cosa, desde hacía no muchos años, el Centro había ido ocupándose de aquel tipo de asuntos fastidiosamente policiales: narcotráfico, mafias... Delincuencia. De acuerdo, desaparecida la Guerra Fría todo se había confundido, lo exterior con lo interior, lo nacional con lo global. Pero costaba catalogar todo eso como objetivos de inteligencia estratégica; eran movidas y asuntillos de la policía, de esos nuevos flamantes departamentos a veces rotulados con largas siglas, o definidos por el castizo nombre de algún comisario, que se aprovechaban de todo aquello para hacerse con atribuciones y operaciones. Ciertamente, todo eso era

TESSCO: terrorismo, espionaje, sabotaje, subversión, crimen organizado: el objetivo de la contrainteligencia. Y existía un potente centro específico que desde hacía dos años se ocupaba de coordinar a todos ellos en torno a eso, claro que sí. Pero es que precisamente ellos no se especializaban en *esø*. O, al menos, no de todo ello. Es decir, tradicionalmente, a pesar de que siempre tendían a aparecer ingredientes mezclados. Terrorismo y mafias solían ir de la mano y, en muchos casos, los Estados soberanos andaban por detrás, en medio o por encima de toda esa tortilla. Y después estaba cierto asunto de indefinición administrativa que mejor no menear.

Precisamente por todo eso le inquietaba aquel protagonismo que les estaba dando Madrid. Era indicio de que la pieza de información que les había caído de forma tan inesperada encajaba con otras que de momento no conocía. Como siempre, paciencia. E incertidumbre. «La inteligencia de un individuo se mide por la cantidad de incertidumbres que es capaz de soportar». Alguien había dicho eso y era bien cierto. Pero ¿quién?